

DOCTOR MIGUEL ARANGO

Por el Profesor *Jorge Bejarano*.

Fué en noviembre del año pasado cuando en Barranquilla el silencio de la tierra de aquella noble ciudad, recogió cariñosamente los restos de este insigne e ilustre médico, cuya memoria guarda amorosamente la ciudad maternal que durante medio siglo lo vió ir y venir presurosamente en un afán inagotable por la causa de la infancia. Después de cinco meses de su muerte, la atribulada esposa relee en un folleto los muchos y sentidos escritos que sobre él se publicaron a raíz de su desaparición. He tenido el privilegio de leerlo y de sentir a través de sus páginas, la honda emoción y el dolor con que el pueblo de Barranquilla y los colegas, recibieron tan infausta noticia.

Conocí a este insigne varón el año de 1919 en el Segundo Congreso Médico Nacional que se verificó en Tunja. Desde entonces me ligó a él una profunda admiración y amistad basadas en las raíces de haber hallado en él un científico doblado de un alma noble y generosa. Su decisión por la causa de la niñez —que fué en él un sentimiento espontáneo y desinteresado— lo llevó a un apostolado que ejercitó en el medio en donde podía ser más necesario buscar defensas para el niño.

El Patronato de Protección Infantil fué su obra. Orgullosamente la mostraba a todos los que tenían la fortuna de encontrarlo a su paso por la espléndida ciudad del Atlántico. Formó ahí enfermeras y en esa institución logró arraigar y difundir en la indiferente y bulliciosa ciudad portuaria, el cariño hacia el niño. Sólo él y su corazón habían logrado este raro suceso en épocas y días en que el vocablo “niño” nada significaba.

Pero el Patronato Infantil, no era solamente un lugar de consulta para el niño enfermo. Era una admirable escuela de puericul-

tura en la que cada mamá recibía una lección impresa sobre cuidados del niño o sobre las enfermedades peculiares a él. Guardo todavía muchas de esas nociones que él escribía con la claridad de su inteligencia y con el cariño de su corazón. Son nociones elementales que he leído muchas veces porque es un placer leer a los maestros que dominan la sencillez y que saben enseñar. Eso era él: maestro sin más títulos que la cátedra que regentaba para millares de madres que nada sabían acerca del niño.

Pasarán los años y siempre recordaré la figura de este gran clínico y colombiano. Me honró su amistad y a él me unió este mismo palpitante por la causa del niño. Millares de ellos debieron venir detrás del féretro de este hombre de "cabeza ancha, risa buena, voz redonda, habla gozosa, fácil, persuasiva; de saber hondo, sólido; de vida sin enmiendas ni tachones, toda limpia, clara, buena como su risa". Así lo vieron ellos y así lo sintió y definió el corazón de una madre que escribió sobre Miguel Arango, una hermosa y emocionada página el día en que aquel varón cerró sus ojos a la luz terrena.